

## ORIGENES

*La sucesión de las edades es para nosotros la gran maestra.*

### CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA Y GEOGRAFÍA.—ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE.—NEGRI-  
TOS Y PIGMEOS.—MORADAS DEL HOMBRE ANCESTRAL

**L**OS rasgos de la superficie planetaria indican el efecto de las acciones cósmicas á que ha estado sometido el Globo durante la serie de los tiempos.

Los continentes y las islas que surgieron de las profundidades del mar y el Océano mismo, con sus golfos, los lagos y los ríos, todas las individualidades geográficas de la Tierra en su variedad infinita de naturaleza, de fenómenos y de aspecto, llevan las marcas del trabajo incesante de las fuerzas que obran siempre para modificarlas. A su vez, cada una de esas formas terrestres ha llegado á ser, desde su aparición, y continua siendo, en todo el curso de su existencia, la causa secundaria

de los cambios que se producen en la vida de los seres nacidos de la Tierra. De este modo, una historia, infinita por la continuación de las vicisitudes, se ha desarrollado de edad en edad bajo la influencia de los dos medios, celeste y terrestre, para todos los grupos de organismos, vegetales y animales que hacen germinar el mar y el suelo nutricio. Cuando, después del ciclo inmenso de otras especies, nació el hombre, su desarrollo se hallaba ya proyectado en el porvenir por la forma y el relieve de las comarcas en que sus antepasados animales habían vivido.

Considerada desde elevado punto de vista, la Geografía, en sus relaciones con el Hombre, no es más que la Historia en el espacio, del mismo modo que la Historia es la Geografía en el tiempo. ¿No ha dicho Herder, hablando de la Fisiología, que es la Anatomía en acción? ¿No puede también decirse que el Hombre es la Naturaleza formando conciencia de sí misma?

Relativamente á la aparición de la humanidad sobre la Tierra agítanse mucho dos cuestiones que no han sido resueltas aún. ¿Nos hace depender nuestra procedencia del mundo animal de uno ó de varios tipos ancestrales? ¿Cuál es, de las dos hipótesis, el monogenismo y el poligenismo, si no la verdadera, al menos la mejor corroborada por el conjunto de los hechos ya conocidos? Verdad es que se nos dice «toda esa escolástica pertenece al pasado, ahora que el darvinismo ha puesto á todo el mundo de acuerdo<sup>1</sup>», pero ¿qué importa, si el conflicto renace bajo otros nombres y si se nos viene á hablar de «razas» consideradas como prácticamente irreductibles?

Todo individuo tiene una tendencia natural á contemplarse como un ser absolutamente aparte en el conjunto del universo. El sentimiento íntimo de su propia vida, la plenitud de su fuerza personal no le permiten ver iguales en los otros, y se cree favorecido por la casualidad ó por los dioses; pero las necesidades de la existencia le ligan al grupo de la familia, después al del clan ó de la tribu, y no puede figurarse tampoco su origen como absolutamente independiente del círculo de sus allegados, á menos que el orgullo de la soberanía le haga creerse una divinidad, tal como se imaginaron serlo los Alejandro y los César. Resígnase,

<sup>1</sup> G. Vacher de Lapouge, les *Selections sociales*, pág. 11.

pues, á participar con los suyos, pero con los suyos solamente, un origen colectivo: cada tribu, en sus imaginaciones primeras, se crea una descendencia bien distinta. En las primeras edades, tales como nos las han conservado, con cierto parecido, las poblaciones más antiguas, el hombre profesa instintivamente el poligenismo; pero entre todas las especies diversas, hay una, la suya, que, con toda candidez y orgullo, tiene por la raza humana por excelencia.

Es indudable que la lista de los nombres de poblados y de pueblos se compone principalmente de palabras que tienen por significación primitiva el sentido «Hombre», en una acepción exclusiva, como si todos los otros grupos de individuos de faz humana no hubieran sido, á los ojos de los elegidos, más que un compuesto informe perteneciente á alguna animalidad secundaria.

Hasta cuando las denominaciones étnicas tienen una significación especial debida al país, á la procedencia ó á algún rasgo particular, esas denominaciones pierden su sentido originario, durante el curso de los siglos, para tomar, en el pensamiento de los que las llevan, un valor excepcional, único, verdaderamente divino. No hay salvajes—y, á este respecto, ¿qué nación puede considerarse completamente desprendida del primer salvajismo?—no hay salvajes que no miren los pueblos que les rodean desde la altura de la propia dignidad de «pueblo elegido».

Pero el aislamiento no puede prolongarse, y, por la sucesión de los acontecimientos, alianzas y relaciones de comercio, guerras y tratados, aprendieron los hombres que, si no á una misma raza, pertenecen al menos á una agrupación de seres que se asemejan de una manera íntima y que tienen rasgos esenciales, tales como la estación recta, el uso del fuego y la lengua articulada, que les distinguen claramente de todos los otros animales. En momentos de común angustia, y frecuentemente de sexo á sexo por el instinto del amor, se llegó hasta producirse la fraternidad entre gentes de tribus diferentes; después, cuando grandes civilizaciones hubieron puesto en contacto toda una parte considerable de la humanidad, como en la India, en tiempo de Budha, y durante el período del ecumeno griego y latino, bajo los Antoninos, se esparció la idea de la unidad humana: hasta odiándose, los hijos de la Tierra común se gloriaron de pertenecer á una sola y única descendencia; la monogenia encontró sus apóstoles.

Como documento de transición entre las dos teorías netamente contrarias, monogenista y poligenista, el libro del *Génesis*, por otra parte procedente de múltiples orígenes legendarios, puede citarse en favor de una ó de otra hipótesis, puesto que refiere la creación de un Adán, que fué el «dominador de todos los animales vivientes sobre la tierra<sup>1</sup>», y, luego alude á los hombres que poblaban los campos cuando ocurrió el primer asesinato del hermano por el hermano<sup>2</sup>. Desde entonces no ha cesado la moral humana, en su práctica general, de contener análoga contradicción á la que encuentran los cristianos en su libro sagrado.

Por grande que sea el orgullo de la pureza de raza en los pueblos que ponen empeño en evitar todo contacto con los otros hombres, lo mismo que las familias aristocráticas modernas que tienen la pretensión de la «sangre azul», el hecho es que en el torrente circulatorio de la humanidad, mezclándose las tribus de remolino en remolino, como las aguas de un río, la «miscegenación», es decir, la mezcla de las razas, se ha operado á través de todo el mundo. Para los rabinos de la Edad Media, el hombre, creado de arcilla viva, habrá sido formado de siete especies de tierras, para significar sin duda que comprendía en sí los descendientes de todos los colores y todos los miembros de la humanidad futura<sup>3</sup>. Así mismo, el hombre actual contiene en sí los tipos que le han precedido, porque en toda raza mezclada el atavismo conserva sus derechos.

Podría imaginarse que una tribu encerrada en una cárcel de rocas haya quedado pura de todo cruzamiento, pero en cuanto hubo contacto hubo mezcla. De hecho todo los hombres son razas mezcladas; hasta los tipos más opuestos, el negro y el blanco, están unidos hace siglos en compuestos étnicos nuevos, que han conservado más ó menos fielmente los caracteres distintivos que los constituyen en individualidades colectivas y merecen un nombre especial. La mezcla de las cosas se cumple de muy diverso modo de generación en generación: aquí de manera insensible durante la paz; allá bruscamente, con violencia, en la guerra; pero la obra se prosigue siempre. Es en vano que tal ó cual patriota niegue la mezcla de raza con raza: cada hombre, hasta el más orgulloso

<sup>1</sup> *Génesis*, II, 19.

<sup>2</sup> *Ibid.*, IV, 12.

<sup>3</sup> Fr. Spiegel, *Ausland*, 1872, n.º 10.

de la pureza de su sangre, tiene millones y millones de abuelos, entre los cuales se hallan representados los tipos más diversos. Por eso los antropólogos que se aventuran á seriar el género humano en «razas» distintas, sea que crean realmente en orígenes poligénicos, sea que, por una clasificación más ó menos aceptable, quieran facilitar el estudio del Hombre, han ido á parar á singulares errores, según la importancia especial que han atribuído á tal ó cual elemento diferencial: color de la piel, estatura, miembros y esqueleto, forma y dimensiones del cráneo, aspecto de la cabellera, lenguaje y caracteres morales.

Así, en tanto que Blumenbach distingue cinco razas clásicas, blancos, amarillos, rojos, aceitunados y negros, y que Virey cuenta solamente dos, Topinard enumera dieciséis, después diez y nueve; Nott y Gliddon cuentan ocho, divididas en sesenta y cuatro familias; Hæckel desarrolla una serie de treinta y cuatro razas, y Deniker, admirablemente pertrechado de las medidas que han recogido en todos los rincones del mundo los modernos sabios viajeros, clasifica cuidadosamente veintinueve razas diversas que forman diecisiete grupos étnicos. Mas quedan en duda muchos representantes de la humanidad, y surge la pregunta de si será posible hacerles entrar en una ú otra de las diversas categorías<sup>1</sup>.

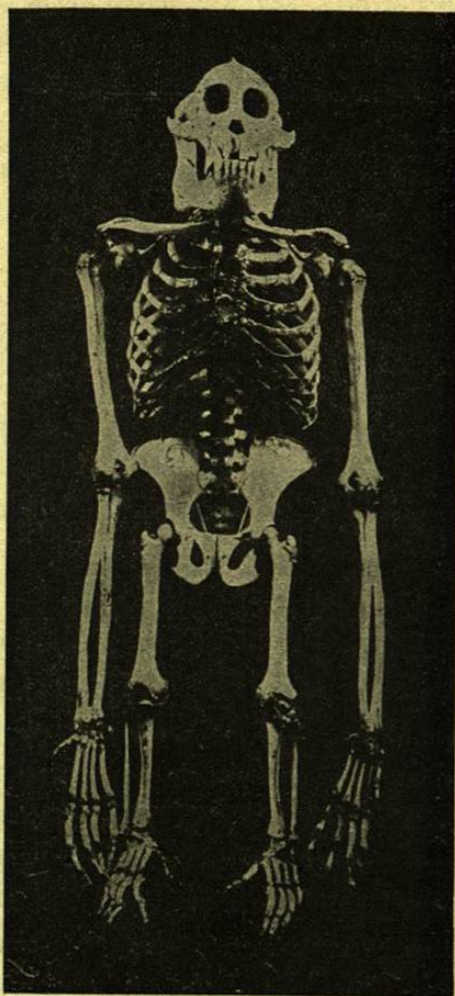
Sabemos ahora que todas esas construcciones, por ingeniosas que sean, son variables. Desde Darwin, la antigua teoría de las especies que fijaba definitivamente ciertas formas sin mezcla posible con otros tipos de diferente origen, quedó abandonada. Formulada únicamente para acomodarse á las cosas presentes, la idea de especie cambia según los naturalistas: cada uno abarca en su concepción un conjunto de formas más ó menos extenso. Veamos, por ejemplo, ¿cuál es la especie madre del perro? ¿Habrá de verse en él un lobo, una zorra, un chacal, una hiena ó varias otras formas primitivas, que la domesticación y un género de vida diferente han desarrollado y modificado gradualmente en innumerables variedades? El hecho es que lobos y chacales se cruzan con los perros y dan nacimiento á individuos cuya raza se conserva y se propaga al infinito; por otra parte, los perros que vuelven al estado salvaje, según los países toman formas que les aproximan al lobo, al chacal, ó á la zorra.

<sup>1</sup> Colajanni, *Razze superiori, razze inferiori*.



¿Dónde empieza la especie inmutable entre límites absolutos? ¿Dónde la variedad con sus modificaciones incesantes? No se sabe.

Y esas dificultades que se presentan respecto de la raza canina existen también acerca de otros animales domesticados ó no; existen respecto



ORÍGENES ANIMALES DEL HOMBRE  
(Esqueleto de gorila comparado en tamaño y posición con el esqueleto humano)

del hombre, en el cual la separación media entre el *Homo europæus* y el *Homo alpinus* es mayor que la que diferencia las diversas especies de cánidos<sup>1</sup>. A pesar de los innumerables ejemplos de «miscegenación», que escandalizan en los Estados Unidos á los hijos de los antiguos propietarios de esclavos, ¿ha de considerarse á los negros como una especie ó una «sub-especie»<sup>2</sup> distinta de la raza llamada «caucásica», ó ha de verse en ellos una simple variedad de la gran especie humana?

Y si negros y blancos deben ser comprendidos en una misma humanidad de origen, ¿qué diremos de los «negritos» de Luzón, de los Andamanes y de los enanos esparcidos en el continente de Africa? Los mismos negros ven en los Akka, los Ba-Binga y los Ba-Bongo seres de otra especie, y los orgullosos blancos los consideran como especies de monos de forma humana. Diversas

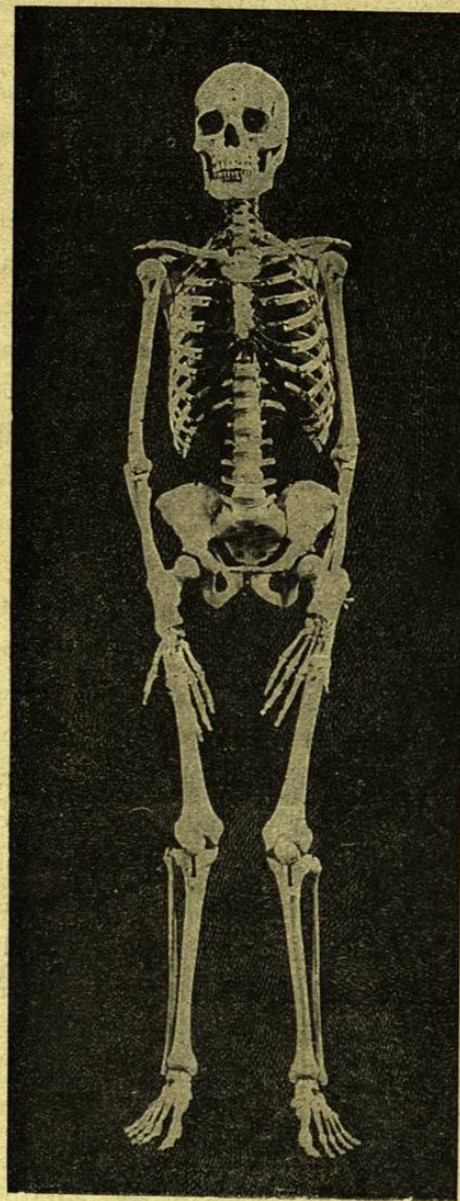
tribus degeneran y desaparecen quizá por la falta de todo cruzamiento: tal puede ser el caso de los enanos de las riberas del Sangha. Es

<sup>1</sup> Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*, pág. 12.

<sup>2</sup> Tarde, *Revue Scientifique*, 15 junio 1895.

seguro que entre otros pueblos de pigmeos y tribus de africanos bien proporcionados han ocurrido mezclas de sangre. Donaldson Smith dice que los enanos que ocupaban en otro tiempo toda la región que se extiende al norte de los lagos Stéphanie y Rudolf, han perdido su tipo originario por efecto de matrimonios con tribus de alta estatura, y que los Dume actuales son no más que un resto de la antigua raza<sup>1</sup>. Así mismo los Ua-Tua (Wa-twa) de la región del lago Kivu, los «Hijos de la Hierba», hombrecitos que ciertos negros, los Ua-Hutu, por ejemplo, miran con aversión, son aceptados por otros, especialmente por los Ua-Tussi, como «grandes amigos» y las dos razas se entremezclan de buen grado. Las mujeres pigmeas de la Uganda (Johnston) se consideran dichosas uniéndose á negros de gran estatura.

Es también muy probable que los pigmeos, cuyas osamentas se encuentran mezcladas con las de hombres de razas grandes en tantas cavernas de Europa, especialmente en Francia, Rusia, Sicilia, Cerdeña (Sergi), y tantos *huacas* peruanos, hayan desaparecido por efecto de los cruzamientos, siendo absorbidos gradualmente



ESQUELETO HUMANO  
Comparado con el gorila de la pág. 8.

*Through unknown African countries*, págs. 274 y 275.